



Guía de lectura



Penguin **Club de lectura**

LA OBRA

La frontera lleva su nombre trenza la vida de cuatro mujeres de una misma familia. Todas ellas llamadas Esperanza, todas ellas con penas en el alma. Desde 1913 hasta nuestros días, el amor se muestra como hilo conductor de una historia que recorre tres conflictos, dos mundiales y uno civil, y las heridas que cada uno dejó en todos los que los sufrieron.

Elena Moreno firma esta novela de amor y de guerra, una emocionante saga que recupera el legado de las «golondrinas» y pone en valor la fuerza de las mujeres que, batalla tras batalla, crisis tras crisis, logran sostener familias, negocios, pueblos, ciudades. Siempre calladas y por ello en gran parte silenciadas, las mujeres han sido víctimas, cuidadoras, combatientes... heroínas sin medallas al valor con el coraje del mejor soldado. La historia así lo ha demostrado.

Hablamos de un relato de madres e hijas, de mujeres sin hombres, porque les fueron arrebatados por la violencia del siglo xx, de heridas profundas que aún hoy siguen sin cerrarse y cartas sin abrir que cuentan secretos. Una saga familiar que alternando pasado y presente teje un tapiz de sentimientos que recorre algunos de los episodios más duros de una España en guerra, de una Francia invadida, de un mundo sumido en el caos donde solo algunos supieron mantener la cordura. Aparece así la ficción jalonada

con hechos reales que cuentan a la par la historia de dos países separados por una costura de montañas.

Elena Moreno se asoma a los valles del norte, a la vida en aquellos lugares de difícil acceso en los que a pesar de todo sí llegó la guerra y ese terror de las ejecuciones extrajudiciales y los paseíllos —Navarra fue clave para los planes del general Mola, pero en el valle los partidarios de la República y la izquierda siempre fueron más numerosos que en otras zonas—. En ellos, pastores y almadieros soñaban con un reparto equitativo de la riqueza. Burgui, el pueblecito de las protagonistas de la novela, no solo es la puerta de entrada al valle del Roncal, un enclave precioso transitado hoy por senderistas y gentes que buscan la belleza y la tranquilidad en sus paisajes regados por el río Éska, también es memoria viva del oficio de almadiero, y de las «golondrinas», y su ruta es hoy un sendero de interés turístico que une España y Francia. Un camino que entre 1870 y 1940 realizaron cientos de mujeres para trabajar en la industria de la alpargata de Mauléon.

Como las cintas de unas *espadrilles*, los lazos que unen a las mujeres de *La frontera lleva su nombre* las atan a la historia de dos países, de un tiempo, pero sobre todo las unen a todos a quienes amaron. Solo el amor logra que sobrevivan cuando todo a su alrededor se hunde. Y hay mucho amor en esta historia.

SINOPSIS

El día de su boda, Esperanza Ayerra recibe de manos de su madre unas cartas sin abrir. En ellas está el cierre para una historia, la de su propia familia, que la ha perseguido desde siempre, hasta que un día decidió saber para contarla. En las respuestas halló el amor de su vida.

Esperanza Ayerra es la bisnieta de Esperanza Escaín, una golondrina que en 1913 cruzaba los Pirineos para trabajar en las fábricas de alpargatas de Francia y a la que la mayor contienda mundial le robó su destino. Es la nieta de Esperanza, a la que llamaban Perla, que no tuvo padre ni marido por el cruel destino de una España que eran dos. Es la hija de Espe, una mujer que se tragó sus penas y que cree que aquello que no se pronuncia no existe. Pero todo pesa, y la Esperanza más joven está dispuesta a seguir ese hilo

rojo que une a madres e hijas para saber quiénes fueron en realidad estas mujeres y los hombres a los que amaron. Y sobre todo, qué gran secreto guardaba su abuela y cómo perdió su mano.

Su historia está unida a la de esa frontera natural y permeable que son los Pirineos y pertenece a dos países que se alejan y se acercan cuando sus pobladores se enamoran. Una frontera que fue refugio, distancia y futuro si se miraba hacia ella desde el lado equivocado.

«En los pueblos del valle escuchaban a los que vivían fuera. Los sucesos se entendían como confidencias de los que habían puesto los ojos más allá del límite inquebrantable de las montañas. Ellas esperaban palabras de mujer.»

LAS PROTAGONISTAS Y SUS AMORES

«Siguiendo algunos consejos, he establecido tres partes. La inicial tiene relación con mi bisabuela, la primera golondrina, de la que he llegado a conocer lo necesario. Mi abuela Perla debería haberse llamado Esperanza Elisabide, pero fue una Escaín más. A ella le dedico la segunda parte, la más gruesa, la que nos engloba a mi madre y a mí. ¿Qué apellido debería haber tenido ella? Confieso que, en alguno de esos momentos nostálgicos, calculadora en mano, me he puesto a imaginar si mi abuelo podría haber formado una familia y si mi madre tuviera hermanos, y yo, tíos, primos... Quizá estén cerca, en Pamplona, en Madrid o en París, quién sabe...».

ESPERANZA ESCAÍN, la bisabuela. Nacida en 1898, es la golondrina de nuestra historia. Con quince años emprende su primer viaje a través de los Pirineos, desde su querido pueblo del Roncal, Burgui, para trabajar en la fábrica de alpargatas de Pascal Cherbero, en Mauléon. Allí conocerá a una mujer que la tratará como a una hija, Leonora. También a Pilar, una compañera que le enseñará a leer y a escribir y a la que mantendrá como amiga durante toda la vida, a pesar de que esta se enamore y, una vez casada, emigre a Argentina. También será en Mauléon donde conozca al gran amor de su vida, Théodore Elissabide.

«... mi bisabuela, nació el 5 junio de 1898, el mismo día que vino al mundo Federico García Lorca, y el mismo año en que vieron la luz Vicente Aleixandre y Bertolt Brecht. Ella no fue poetisa ni puso palabras a los olivos, pero nunca se separó de los libros, que le proporcionaron el refugio que necesitan las almas perdidas. Mi abuela me contó que una melancolía la envolvía como si una nube de polillas la acompañara a todas partes».

THÉODORE ELISSABIDE: es el gran amor de Esperanza y el padre de Perla. Hijo de una familia acomodada, sueña con dedicarse a la fotografía, un descubrimiento revolucionario de la época. La pareja se conoce en el hospital de Mauléon en el que Théodore ha sido ingresado para recuperarse de sus heridas de guerra. Será él quien descubra a Esperanza otro mundo, también quien la convierta en madre soltera, ya que muere durante la Primera Guerra Mundial antes de contraer matrimonio. Pero la vida sigue, y a Esperanza Escaín aún le falta vivir dos guerras más y conocer a otro hombre, Louis Bernier, un amor diferente pero tan tierno que la acompañará el resto de su vida.

LOUIS BERNIER: compañero de regimiento de Théodore, el parisino es el encargado de escribir a Esperanza la misiva comunicándole la muerte de su amado, en la que también le promete visitarla en cuanto se reponga de las heridas que le mantienen atado a la cama de un hospital. Es un apasionado del cine que ha trabajado como operador y conoce todas las salas de la capital. La guerra le ha convertido en un *gueule cassée* que oculta su rostro tras una de las máscaras hechas por la pintora americana Anna Coleman. A pesar de su terrible desfiguración, el día que llega a Mauléon para conocer a Esperanza, su rostro no asusta a la pequeña Perla, quien le coge un gran cariño desde el primer momento, sin saber que Louis se convertirá en mucho más que un padre para ella.

ESPERANZA ESCAÍN, la abuela. Conocida como Perla, debería haber sido una Elissabide, pero la guerra le arrebató a su padre antes de tiempo. Nació en Burgui en 1919 y siempre se manifestó como una niña rebelde e inquieta. Curiosa con la desconocida figura de su padre, acabó aceptando la tutela de aquel hombre al que adoraba, Louis. Decidida a estudiar Medicina para ser cirujana, trabaja temporalmente en el despacho del padre de su amiga Sarah Vugman, una judía que acabará perseguida por la Alemania nazi. Pero aún no pesaban sobre sus hombros tantas penas como las que vendrían.

Con la idea de seguir estudiando, Perla viajará a París cuando la ciudad se prepara para la Exposición Internacional de 1937. Sus calles, las gentes, todo es luz y color en la maravillosa ciudad que Perla disfrutaría si tuviera junto a ella a Tomás Vallejo, el hijo del médico de Burgui de quien está enamorada. Pero hace tiempo

que no sabe nada de él. Afortunadamente, sus caminos se cruzarán de nuevo en París, y se amarán y se volverán a perder. Él debe fidelidad a otra mujer, y a la causa de la libertad. Ella es una Escaín, y sus amores parecen estar malditos. Pero las mujeres de su estirpe son fuertes y, aunque no llegará a ser cirujana, Perla se convertirá en una enfermera muy competente y comprometida, lo que la conducirá hasta el campo de concentración de Gurs como parte integrante de una red de ayuda a los perseguidos por uno u otro régimen. La vida la llevará a amar a otros hombres, pero sin olvidar jamás a Tomás, con quien se reencontrará y de quien se acabará despidiendo para siempre.

«Mi abuela Esperancita, a la que todos llamaron Perla, era un torrente meridional cuyos ojos de mar azul y pelo rubio se atribuían a un padre desconocido, según las malas lenguas, alemán [...] La llamaron Perla por su piel blanca, casi nacarada, su inusual fisonomía y por no repetir este nombre tan largo que también llevo yo. Obstinada en luchar por lo que consideraba injusto, se empeñó en salvar la vida de los condenados sin importarle quién los desterrara, y fue la que llenó de magia mi niñez.»

TOMÁS VALLEJO. El hijo del médico de Burgui, tres años mayor que Perla, es un hombre ardiente, combativo, estudiante de Filosofía y con un sueño: escribir. Cuando Pamplona, la ciudad en la que estudia, se le queda pequeña viaja a Madrid, allí le pillará el cerco que en plena Guerra Civil vive la ciudad. Y él no es de estar callado: Tomás es un periodista comprometido que viajó a la capital para incorporarse a las milicias republicanas. Cuando Perla le ve en París, él trabaja en la inauguración del pabellón español en la Exposición Internacional y está con amigos como Max Aub, agregado cultural en la embajada, Pablo Picasso y Josep Lluís Sert, arquitecto del pabellón.

Tomás ama a Perla, pero su compromiso con la causa republicana es más fuerte. Además, está a punto de tener un hijo con otra mujer, y él no va a dejarla sola. Cuando sea el momento, viajarán a Argentina. Si finalmente es capaz de abandonar a Perla.

GUSTAVE DE FRATELLE. El neurólogo es un hombre guapo, educado, con olor a vetiver y absolutamente prendado de Perla, y ella se deja cortejar. Le gusta estar con él. Le gusta el modo en que este médico, que estudia para psicoanalista, le explica los comportamientos humanos. Su cortesía y su inteligencia la deslumbran, pero aunque le quiere, el corazón de Perla solo pertenece a Tomás. Él promete esperarla siempre, seguir siendo el amante discreto y generoso que la besa sin esperar una vida juntos, aunque es lo que desea.

ADRIEN THIBAUT. Al doctor Thibault no parece interesarle nada más que sus pacientes, su trabajo en el hospital, donde ocupa el cargo de jefe del departamento de medicina infantil en el Hospital de Pau. Más allá de eso, nadie sabe a qué se dedica, ni a dónde va cuando desaparece... hasta que necesita la ayuda de Perla para formar parte de una red de apoyo a combatientes republicanos heridos. El roce y el compromiso harán que Perla acabe enamorada de él, y sea correspondida. Un amor sincero y valiente, pero quizás no eterno.

ESPERANZA ESCAÍN, la madre. Poco sabemos de esta mujer a la que todos llaman Espe. Es la hija de Perla, no sabe y parece no querer saber quién es su padre, está casada con Andrés Ayerra y tiene una hija, a quien el mismo día de su boda entrega unas cartas que cuentan el final de una historia familiar. Espe necesita tener todo controlado, todo lo siente hacia dentro, porque hacia dentro está su vida silenciada. En su corazón tiene departamentos estancos que jamás han visto la luz, y donde guarda sensores especializados en matizar su alegría, pero sobre todo silencios. Lo único que la salva de sí misma es su amor incondicional por Joan Manuel Serrat. Y por su hija.

«Mi madre se quedó con medio nombre, Espe. Llegó a este mundo un día cualquiera de diciembre, y lo hizo con su misma mirada, pero con los ojos de ónix de un padre al que tampoco conoció. De él solo hemos tenido un silencio de búnker subterráneo que nadie ha osado jamás alterar.»

ANDRÉS AYERRA. El padre de Esperanza Ayerra, la mujer que nos cuenta la historia familiar, es un hombre cariñoso, tranquilo, acostumbrado a adivinar el pensamiento de su mujer, a quien ama y a quien cuida. Capaz de cualquier cosa por su hija, es parco en palabras, pero certero en las que usa. Suele decir que el brillo en los ojos de una mujer aparece un segundo antes que en el de los hombres y que esa apreciación debería haber sido una señal ineludible para que las cosas no fueran tan difíciles para el género femenino.

ESPERANZA AYERRA, la hija. Es la narradora, la mujer que cuenta la historia de sus predecesoras y a quien conocemos el día de su boda, vestida de novia con alpargatas, camino de la iglesia en Burgui donde la espera Gastón. Traductora de profesión, está decidida a escribir una novela basada en sus Esperanzas, con el corazón puesto en un final que promete desvelarle secretos guardados durante décadas. Esta Esperanza ya estuvo casada, su exmarido, Alex, un hombre con dinero y educado, también era de los que da por hecho que hagan lo que hagan vas a seguir ahí, como un mueble a punto de ser olvidado. Y eso no hay amor que lo soporte.

«La sombra de la soledad me perseguía, casi como el maleficio que pesaba sobre mis Esperanzas, antes de conocer a Gaston. Había estado casada con Álex, mi ex, diez años, y no habíamos tenido hijos porque no habían venido. Antes de confesar a mi francés que era el hombre de mi vida, le pregunté si tenía familia. Me miró desde lo alto de su sonrisa, tratando de averiguar dónde estaba la trampa en mi ambigua pregunta.»

GASTÓN ELISSABIDE. Y llega la sorpresa cuando descubrimos el apellido de este francés que se ha convertido en el marido de la última de las Esperanzas, y en el padre de su hijo. Pero la ortografía que viaja por los Pirineos es una contrabandista. Gastón, un abogado que vive en Roma, es un hombre pragmático, educado, detallista, absolutamente enamorado de la mujer con quien ha elegido compartir su vida. Un hombre capaz de involucrarse en la búsqueda de los secretos familiares de las Escaín solo por compartir y formar parte de esa parcela vital a la que ha sido invitado por su mujer.

«Ni rastro de los hombres a los que amaron mis Esperanzas, ni mención de cómo les arrebataron la dicha de sus abrazos... Todas guardaron silencio, probablemente porque mientras uno preserva en su corazón los secretos, puede vivir con ellos. Yo, que vuelvo a poseer el nombre completo y los mismos ojos azules de mi abuela, he querido reconstruir su historia, o quizá debería decir que deseo poner palabras a esos silencios que ya no hay por qué guardar.»

LA VUELTA DE LAS GOLONDRINAS

«Mi bisabuela, como la mayoría de las roncalesas de su generación, era una golondrina. Con las mujeres de otros valles cercanos, se iban a Francia a trabajar, donde fabricaban alpargatas por siete o diez céntimos de franco la hora... Las llamaban “las golondrinas”, *hirondelles* en francés, porque su emigración coincidía con la de estas aves. Se iban en octubre y volvían en mayo o junio, y nunca supieron si las raíces de sus vidas estaban a un lado o al otro de los Pirineos».

Desde 1870 a 1940, mujeres muy jóvenes de aldeas y pueblos humildes como Burgui, Salvatierra, Fago, Ansó, Artieda o Berdún, entre otros, viajaban hasta Mauléon-Licharre, en el sur de Francia, para trabajar en la próspera industria de la alpargata. Se las conocía como «golondrinas» porque, como estas aves, marchaban en octubre y regresaban a sus hogares en mayo, cargadas de telas, vajillas y todo aquello que sirviera para completar su ajuar.

Esta historia de emigración femenina, silenciada y poco conocida, nos trae a la memoria la vida de muchas jóvenes, en su mayoría analfabetas, que recorrían un durísimo trayecto de varios días —algunas

perdieron la vida en el intento— en el que solo contaban con la ayuda del resto de sus compañeras. Un ejemplo de sororidad que hoy nos alumbra una memoria desvelada no solo por esta novela de Elena Moreno, también por algunos proyectos relevantes que recuperan los vuelos de aquellas mujeres, como el documental *Ainarak*, y asociaciones culturales como Kurruskla, en Isaba o La Kukula de Burgui.

Estas jóvenes, que hacían jornadas de hasta 16 horas y no vivían en las mejores condiciones en barrios como Haute Ville, encontraban trabajo con fabricantes como Béguerie o Cherbero —mencionados en la novela—, Laplace, Bidegain, Bardos... enriquecidos por el negocio de enviar alpargatas a las minas del norte de Francia, e incluso exportarlas a países como Argentina.

Al ser Mauléon uno de los primeros municipios franceses en tener electricidad, la mecanización de sus fábricas convirtió en industria un negocio que no solo animó la vida de la villa y sus comercios, también dio de comer a las familias de aquellas casi adolescentes que con pocos enseres caminaban hasta lo que atisbaban como su futuro.

«El 7 de octubre, día anterior a la partida, las golondrinas y sus familias se habían juntado en la iglesia de Burgui para rezar el rosario. Ha-

bía chicas llegadas de Salvatierra y de otros pueblos de los valles cercanos. Todas se parecían en su aspecto; pequeñas, morenas, inquietas. Se arrodillaron devotas, vestidas con trajes y sayas pesadas y oscuras, capaces de afrontar el camino que les esperaba. Al terminar la liturgia, la iglesia repleta entonó una salve en latín que desató los llantos y el miedo. Los más viejos decían que aquello se repetía desde 1885.»

Hoy hay rutas que recuerdan la de aquellas mujeres y recorren el precioso paisaje que transcurre por enclaves como Belagua, Linza, Lescún, Bearn, Zuberoa, Laberouat, Jeandel, atravesando el Pirineo Occidental. Y cada 7 de octubre, villas como Burgui recuerdan a sus golondrinas, como bien refiere el colectivo para la difusión histórica y cultural La Kukula en su web.

LOS ALMADIEROS, CAPITANES DE UNA Balsa DE MADERA

José Escaín, padre de la golondrina y tatarabuelo de la protagonista, fue almadiero, un oficio común entre los nacidos por aquellos valles y que consistía en talar los árboles y transportar la madera desde el río hasta los centros de almacenamiento o las serrerías. Para ello, estos almadieros del Roncal ataban los troncos con ramas de avellano construyendo una balsa que, manejada con un remo timonel, conducían río abajo hasta su destino.

Habitualmente, los troncos se iban acumulando en las orillas de los ríos a la

espera de la llegada del deshielo con la primavera, entonces, con la subida del caudal que facilitaba el transporte, los almadieros se echaban al río, una tarea solo posible para los más diestros, ya que no eran pocos los accidentes al atravesar los rápidos.

Aunque hoy es un oficio extinto, se puede ver la destreza de estos «capitanes» durante el Día de la Almadía, fiesta de interés turístico nacional que se celebra el 2 de mayo en torno al río Éska y que tiene como destino Burgui, donde también se puede visitar un museo dedicado a la Almadía. No es el único, en Laspuña (Huesca) hay otro, denominado «de la Navata» porque en Aragón se llamaban así a estas construcciones de troncos.

ELSBETH KASSER, UN ÁNGEL EN GURS

Situado entre Oloron y Mauléon, el campo de Gurs fue construido en 1939 para refugiar a combatientes republicanos, en su mayoría procedentes de Argelès-sur-Mer, y voluntarios de las Brigadas Internacionales. Pero al comenzar la Segunda Guerra Mundial, tras el armisticio firmado por la Alemania nazi con el gobierno de Vichy, fue empleado como campo de concentración donde hacinar a judíos de cualquier nacionalidad que no fuera la francesa.

En este campo, en funcionamiento hasta 1946, hubo muchos demonios, pero también algunos ángeles, como la abuela de la protagonista, Perla Escaín. Si bien ella forma parte de la ficción, Elena Moreno se refiere en la novela a algunas

mujeres que sí trabajaron como enfermeras en aquel infierno.

«La idea de buscar los rastros de mis antepasadas me había lanzado a un mundo que nunca quise despertar. Pero aquí estamos Eugenia y yo, haciendo listas, descubriendo que hubo varias mujeres que se empeñaron en dar por sacó a las autoridades del campo de Gurs. La enfermera Elsbeth Kasser, al frente de la organización Secours Suisse, se instaló en una de las barracas del campo con otras tres mujeres y salvaron la vida de cientos de judíos. Una tal Ruth Lambert y Aurélie Charlier también consiguieron, a base de poner de los nervios a las autoridades, entrar en el campo para ocuparse de los niños y de paso, instaladas en una granja cercana, anotar todos los nombres de los que morían o eran deportados.»

ELSBETH KASSER. La enfermera suiza viajó a Madrid durante la Guerra Civil española para ayudar a gestionar un comedor social que alimentaba a centenares de mayores y repartía comidas entre embarazadas, niños y enfermos. Acabada la guerra, regresó a Suiza para, poco después, comenzar sus labores en hospitales del frente. En 1940, fue enviada al campo de Gurs, donde permaneció hasta 1943. Allí, se convirtió en el ángel del lugar: además de brindar alimentos y cuidados físicos, promovió eventos culturales, educativos y toda suerte de rutinas que hicieran que los cautivos tuvieran una existencia más humana. Fue ella quien custodió los dibujos

realizados por algunos artistas allí encerrados, como Max Lingner o Leo Bauer. En los años ochenta, cuando aquellos documentos fueron mostrados al público, se hizo aún más visible la crueldad de los campos de concentración. En ellos, se reflejaban también los traumas y heridas, que Kasser ya había venido estudiando y descubriendo a través del arte. Tras la muerte de su padre, ayudó a rescatar niños en peligro de muerte y, en 1945, condujo a Suiza a centenares de niños desde el campo de concentración de Buchenwald.

Elsbeth presta parte de su carácter y su vitalidad a Perla Escaín en una suerte de homenaje a estas heroínas que hicieron gala de un coraje extraordinario en otros ámbitos, que no parecían estar destinados a las mujeres, relegadas casi exclusivamente a los hogares y las fábricas. Pero una guerra lo cambia todo. Una guerra y la toma de derechos por parte de ellas. Porque no olvida la escritora que muchas otras sacaron fuerzas de flaqueza encendidas por las palabras de otras luchadoras, como le sucede a Esperanza Escaín cuando lee lo que dicen pensadoras como Victoria Kent o Clara Campoamor.

Los tiempos empezaban a cambiar y fueron muchas las mujeres que querían saber qué sucedía al otro lado de ese muro levantado durante tanto tiempo que las separaba del mundo de los hombres y de la libertad.

«Las mujeres, con las manos agrietadas, pendientes de poner un plato en la mesa y acostumbradas a distraer la ignorancia, estaban divididas. Algunas, cansadas y sin armas, se habían rendido antes de

nacer; otras no. No sabían sostener un libro, pero sentían curiosidad por la manera de vestir liviana de las ciudades, querían saber cómo mantener a sus hijos sanos y si había forma de averiguar dónde estaba la gracia de Dios. No aceptaban que acostarse con un hombre elegante y sabio fuese pecado, sin que por ello fueran unas golfas.»

Salpicando de cuidados y estudiados ejemplos sus páginas, *La frontera lleva su nombre* homenajea los trabajos de muchas mujeres invisibilizadas durante décadas. Afortunadamente, hoy ven la luz ocupando el lugar en la historia que les corresponde. Sean golondrinas anónimas, sean personajes históricos, todas quedan representadas en una historia que nos habla de la rebeldía femenina, de la fuerza que tuvieron las que nunca se rindieron, las que salieron adelante a pesar de las trabas, de las leyes y de una educación y una moral que intentaron encerrarlas de puertas adentro de sus hogares. Pero las Escáin, como tantas otras, nunca fueron solo madres y esposas, fueron hembras con ganas de ver el otro lado, un mundo que no se resistieron a alcanzar.

ANNA COLEMAN Y LA TRAGEDIA DE LOS GUEULES CASSÉES

Mención aparte merece otra mujer cuyo nombre se menciona en la novela, Anna Coleman, la artista americana que fabricaba máscaras para devolver la fisonomía perdida a los desfigurados por la guerra (*Gueules cassées*). La táctica de guerra de

trincheras que ha hecho famosa la Primera Guerra Mundial protegía los cuerpos, pero no las cabezas de los combatientes. Es cierto que en 1915 ya se había introducido el casco de acero, que salvó a muchos soldados de la muerte pero que no pudo evitar que muchos quedaran terriblemente desfigurados y, aunque los avances en cirugías de trasplantes de hueso, tejidos y cartílagos avanzaron sobremanera, no todos los rostros podían volver a tener una fisonomía, digamos, normal.

Tras conocer el trabajo que se hacía en el Departamento de Máscaras para Desfiguración Facial en París, la escultora Anna Coleman decidió fundar el *Studio for Portrait-Masks* de la Cruz Roja Americana, donde trabajaría en esa suerte de caretas de cobre pintadas para las que empleaba pelo natural con el objetivo de recrear de la mejor manera posible el rostro humano. Muchos soldados pudieron así recuperar su autoestima y procurarse un trabajo sin tener que esconderse del horror que la visión de sus heridas causaba en la mayoría de las personas.

Solo algunos grandes artistas, como George Grosz, convirtieron los rostros de estos hombres en habitantes de sus pinturas, como sucede en *Les Joueurs de skat*, obra que pertenece a la corriente artística denominada Nueva Objetividad (*Die Neue Sachlichkeit*).

El libro *La otra cara de la Guerra Civil*, editado por la Sociedad Española de Cirugía Oral y Maxilofacial (Secom), recoge el trabajo llevado en España por Jesús Martín Sánchez, un dentista asturiano que documentó las técnicas utilizadas en un hospital de sangre para tratar estas heridas del rostro de los combatientes.

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. *La frontera lleva su nombre* rescata una historia silenciada, la de las «golondrinas», las mujeres de los valles pirenaicos de Aragón y Navarra que durante casi 100 años, desde la segunda mitad del siglo XIX y hasta los años 40 del siglo XX, emigraban a Francia, a la localidad francesa de Mauléon, entre los meses de octubre y mayo para coser alpargatas. Es sorprendente que esta historia no haya trascendido del territorio hasta ahora, cuando casi simultáneamente esta novela y un par de documentales han empezado a divulgarla. ¿A qué pensáis que se debe este silencio? ¿Por qué precisamente creéis que ha salido a la luz en estos momentos?
2. Hacerse su ajuar: este era el objetivo de las mujeres que trabajaban durante seis meses en las fábricas de alpargatas. Antes de regresar a sus hogares gastaban en Francia los francos de su salario comprando vajillas, ropa de cama, utensilios de cocina... No se trataba por tanto de una emigración económica. ¿Qué pensáis de esto? ¿Conocéis otras novelas que aborden la temática de la emigración?
3. Para muchas mujeres este viaje era el primero y también el único que harían en toda su vida, un viaje iniciático. Mujeres que viajaban solas, muy jóvenes, adolescentes, casi niñas, en compañía de otras mujeres y con un desconocimiento total de cómo era el mundo más allá de su aldea. El compañerismo, la amistad y la sororidad son temas importantes de la novela. ¿Cómo imagináis que debían sentirse? Esperanza cuenta con el apoyo de Leonora Mayas y de Pilar en Mauléon, mientras que para Esperanza Ayerra sus amigas de Barcelona y luego Eugenia, en Roma, son apoyos incondicionales. La amistad femenina es uno de los grandes temas de la literatura femenina. ¿Qué novelas recordáis cuando pensáis en las amigas en la literatura?

4. Hoy en día se puede realizar el viaje de las golondrinas recorriendo los senderos de interés turístico que atraviesan los Pirineos desde Burgui y otros pueblos del Roncal hasta Mauléon. Una ruta de varios días que las muchachas recorrían sin botas de montaña, ropa de abrigo técnica ni bastones de marcha, y en la que algunas perecieron víctimas del frío o despeñadas por los caminos. ¿Cómo os imagináis que era ese viaje? ¿Cómo debían sentirse?

5. La novela traza la vida de cuatro mujeres de una misma familia, todas llamadas Esperanza, todas con penas en el alma. Desde 1913 hasta nuestros días, el amor es el hilo conductor de un relato que recorre tres conflictos, dos mundiales y uno civil, y las heridas que dejaron en todos los que los sufrieron. Una novela que pone de relieve el papel de las mujeres en las guerras. ¿Cómo os parece que se trenza el relato de la Historia con la peripecia vital de esa familia de mujeres sin hombres?

6. *La frontera lleva su nombre* es una novela de madres e hijas, de amor y de guerra, pero también es una novela de frontera. Un relato que pone de manifiesto la permeabilidad de la frontera: «A estas alturas, ya no sé si pertenezco a alguno de los países que hay a un lado y a otro de ese macizo de montañas. En esta familia de Esperanzas, nunca se supo a ciencia cierta si la frontera estaba en la tierra o en el corazón». ¿Recordáis alguna novela en la que se aborde el tema de «la frontera»?

7. Entre los personajes masculinos de la novela cabría destacar el de Louis Bernier, el proyectista sin rostro que se gana el amor de Esperanza y el cariño de Perla. A través de este personaje la autora introduce el tema de los *gueules cassées* de la Gran Guerra. ¿Qué pensáis del personaje? El amor entre Louis y Esperanza surge poco a poco en la oscuridad de la sala de proyección, ¿qué os parece esa relación?

8. Esperanza Escaín es una golondrina atípica. El suyo es un viaje iniciático que le abre un futuro lleno de posibilidades, quiere aprender francés, a leer y a escribir; y más adelante se rebela contra su destino de madre soltera en el pueblo y escoge vivir su vida de manera independiente. ¿Qué pensáis de ella? ¿Os recuerda tal vez a algún personaje de otra novela?

9. Esperanza Escaín no reveló nunca a su hija Perla el nombre de su padre, como tampoco lo hizo Perla con su hija Espe. ¿Por qué creéis que lo hicieron? ¿Tal vez el silencio fue la manera de protegerse a sí mismas del dolor por la ausencia de los hombres de su vida?
10. ¿Qué os ha parecido la estructura de la novela? ¿Habéis tenido alguna dificultad en seguir el relato, que salta del pasado al presente en cada capítulo?
11. Esperanza Ayerra, la narradora, vestida de novia con alpargatas, decide contar la historia de sus predecesoras. Ella se dedica a la traducción, lleva un divorcio a sus espaldas y la búsqueda de las respuestas a los silencios de su infancia la han conducido hasta el amor de su vida. ¿Qué rasgos de las otras Esperanzas descubriste en ella?

LA AUTORA



© E. Moreno Esquibel

ELENA MORENO SCHEREDRE es licenciada en Ciencias de la Información por la Universitat Autònoma de Barcelona (UAB). Ha trabajado en diversos medios de comunicación y es autora de *El salón de la embajada italiana*, *Dondequiera que estés*

y *Devuélveme la luna*. Ha recibido varios premios literarios, como el Aixe Getxo de Literatura, y actualmente colabora en prensa y dirige un taller literario en Bilbao. *La frontera lleva su nombre* es su última novela.

